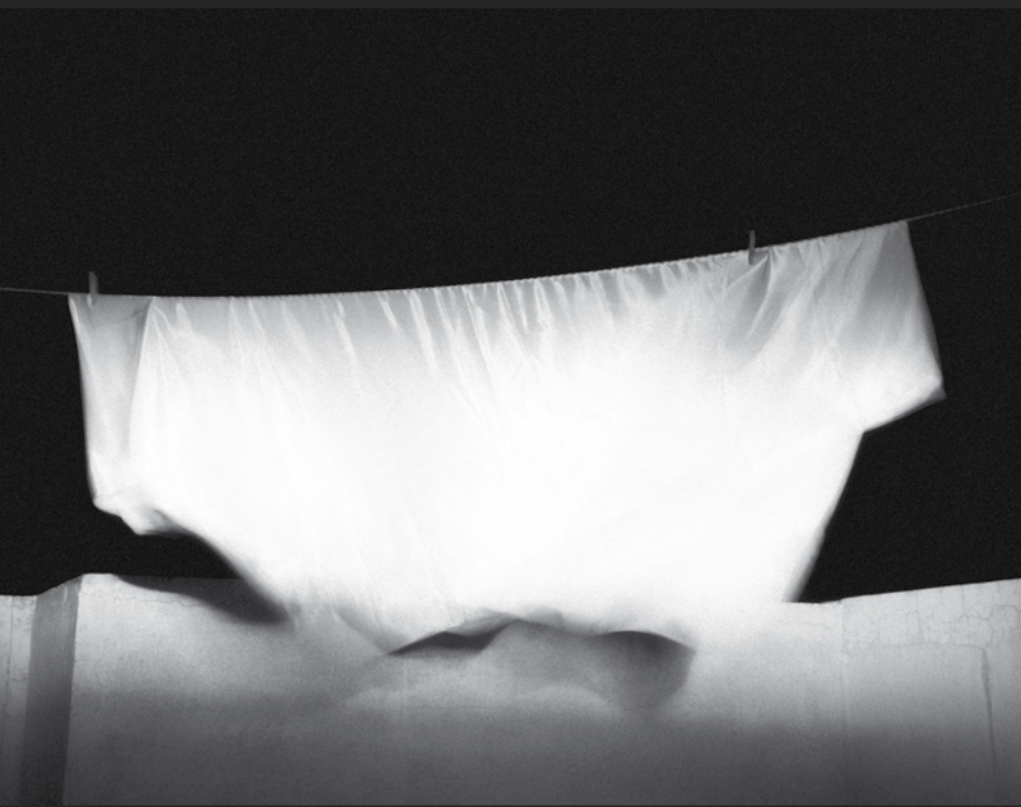


PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

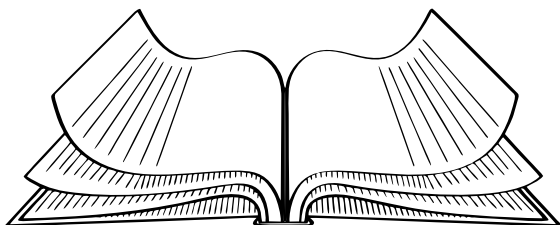
Cuento
Poesía
Fotografía

EJEMPLAR GRATUITO
JUNIO-JULIO
2021





Escúchanos en
Radio Anáhuac 1670 AM



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 32

www.porescrito.org

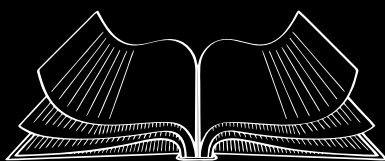




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Complicidad natural

Dave Brennan..... 8

Es una mala relación

Dave Brennan..... 10

Nostalgia

Alex Cárdenas..... 11

FIRMAS

Si mis amigos pudieran verme

Virginia Meade..... 15

Mejor en Dallas

Cecilia Durán Mena 18

Sí sirvo

María Elena Sarmiento 26

No quiero estar aquí

Andrea Fischer 28

IMAGINARIO

..... 35

VOCES

Delito sin víctimas

Enrique Garza Bandala 38

En la hora más oscura

Juan Carlos Padilla Monroy 42

Nubes y mamá

Norma Soffer 46

Mi último suspiro

Juan Antonio Díaz Becerra 49

Quitasol de papel

Pita Escalona 52

SMS

Francisco Duarte Cué 57

La pena máxima

María Inés Rendón 59

CONVERSACIONES

El diccionario

Mariana Torres Lomelí 62

Hablando por escrito

El número que estás a punto de leer, ha sido concebido en momentos difíciles. Lo han sido para ti que nos lees, para muchos de nuestros autores y para Pretextos literarios por escrito. Entre las neurosis propias y colectivas, hemos tenido que sortear pérdidas, tristeza, sorpresa. No entendemos muy bien lo que está pasando. El dogmatismo de la prisa de las ideas se contrastó con un encierro global y seguimos fieles a nuestra creencia de que la lectura nos ofrece un refugio. Sí, en ocasiones hace falta que algo cambie para recuperar el curso de la normalidad.

El refugio que se construye con letras nos arropa. Es verdad que no podemos escindirnos de la realidad que nos rodea. La enfermedad y la muerte son presencias ineluctables en la vida, tarde o temprano nos las toparemos. Sin embargo, en nuestra existencia hay muchas otras cosas que merecen la pena y nuestra alegría. La lectura es muestra de ello.

En estos tiempos es necesario ir en busca de palabras que propicien nuestra recuperación. En la antigua Grecia, según la mitología, Asclepio, era el dios de la salud por antonomasia. Era hijo de Corónide, una bella mortal, y de Apolo. Asclepio tuvo varios hijos, entre ellos Higiea y Panacea. Higiea era la diosa de la curación, la limpieza y la sanidad, se le representa como una mujer joven que

alimenta a una gran serpiente enroscada en torno a su cuerpo. Su misión fue la prevención de la enfermedad y la continuación de la buena salud. Por su parte, Panacea era la diosa de la salud, la que es capaz de curar diversas enfermedades.

Por años, se ha privilegiado la relación de Asclepio y su hija Panacea, es decir, el enfoque de la salud entendido como curación por la que el ser humano aprende a dominar las enfermedades a través del conocimiento. Pero Asclepio también es padre de Higea que ha permanecido postergada porque no enseña fórmulas nuevas ni curas milagrosas; muy al contrario, Higea enseña el camino de la moderación y la razonabilidad sin olvidar la emoción. El pathos y el ethos, la razón y la emoción que contribuyen a nuestro propio renacer. Leer nos conduce por ese camino, poco a poco, como quien espera un milagro que germina por medio de palabras.

Así, te proponemos entrar al reto de la lectura, como quien se atreve entrar a un juego. Los participantes serán el texto que es el tablero y tendrá como dioses protectores a Asclepio y a sus hijas Panacea e Higea, leer será protegido por Eros y el escritor tenderá las líneas de seducción que le inspiraron las musas. En Pretextos literarios por escrito tenemos ese optimismo: sabemos que hay muchas cosas que merecen la pena y la alegría y que podemos sentir y a través de las cuáles conseguimos emocionarnos.

Por eso, estamos convencidos de que, si logramos darle la oportunidad a la palabra, su valor podrá servirnos

de redención. Y puede que la redención no sea total y sea instantánea, que no sea de largo aliento y que dure poco. No importa si el eslabón que construimos entre el lector y el autor es dogmático o instantáneo, infatigable o efímero. Lo importante es que, aunque sea por un instante, podamos sumergirte en el maravilloso placer que da la lectura.

Por esta razón, seguimos atrapando lectores para nunca dejarlos ir. Con ustedes, nuestro número 32.



Paul Núñez

Complicidad natural

Dave Brennan

¡Cuidado! ¡Cuidado!

Gritó el onvre, preocupado

¡Hay un hombre desnudo en la vía pública!

El onvre se intentaba convencer a sí mismo

De que su denuncia era por el bien común

No su propia inseguridad

¡Lo que hace uno por atención!

Pero era él quien la quería

Llegaron vecinos y la policía

Todos onvres

Onvres

Onvres

El hombre desnudo no dijo nada

Lo esposaban, golpeaban y aventaban

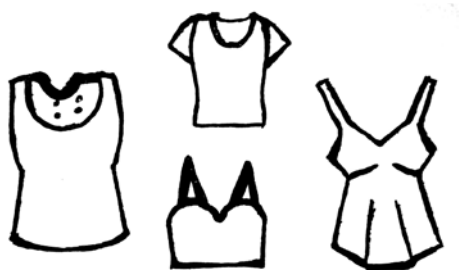
A la patrulla

Cuatro mujeres caminaban por esa calle

Y vieron toda la escena

El hombre desnudo les sonrió a través de la ventana

Le sonrieron de vuelta
Se acercaron a los onvres
Se quitaron las blusas
Les enseñaban los pezones en señal de protesta
Y los onvres también las condenaron
Pero algo en esos senos desnudos
Los rendía débiles



Paul Núñez

Es una mala relación

Dave Brennan

Me enojo de que me dejas en visto
Tú te enojas de que a ella la desvisto

A ti te gusta
Tú me gustas

Se va y nos quitamos la playera
Y eructas

Pones “So Broken” de Björk mientras me cuentas cómo la
vas a olvidar
Yo veo el video y pienso en cómo te voy a superar

La vida no es un círculo amoroso
Es un triángulo vicioso



Paul Núñez

Nostalgia

Alex Cárdenas

Entre la nostalgia llena de recuerdos se escribe con el corazón la música y la letra de lo que le dicen los hombres a las mujeres, para que conozcan el escenario que en pensamientos se cuele por las rendijas que en el corazón ha dejado al tiempo, solo un segundo en una vorágine dentro de la memoria para filtrar vivencias, sensaciones, expresiones, experiencias y ¡flash!, se recarga la memoria para interpretar la silueta que te vuelve loco, el rostro que te cautiva, los movimientos que encantaron y congelaron tu mirada, y, ahora una vuelta en cámara lenta en tu mente y todo exhibido para que el deleite que repites y repites nunca se olvide, evolución que evocas para que quede ahí, se grave y no se pierda nunca más.

Y así, se inicia el érase una vez no con la connotación infantil de un cuento, pero sí con el arranque maravilloso de la vida, con ese paso incontenible que arrasa en el tiempo eventos, para seguir madurando el relato con el efecto del crecimiento, con la adultez llena de suspicacias y la vejez que no se resigna al cantarle al pasado lo importante que es el presente y lo efímero del momento.

En la persecución de tus secretos está mi corazón palpitando

sin parar y se me seca el espíritu en emociones que se desvanecen en la penumbra y que esperan reaparecer en la luz del amanecer, o en el encuentro de tu mirada en la oscuridad de una habitación desconocida, que emula la escena de tu primera desnudez y la gracias de tu silueta hecha para mis ojos, que la devoran para transformarla en pensamientos indiscretos y palabras llenas de emoción, de fuerza y de pasión.

Lo que los hombres y las mujeres aprendemos el uno del otro es un extraordinario regalo, que pausa y arranca en cada experiencia.

¿Que quién se lleva la presea?, no importa, es la continuidad del aprendizaje lo que nos muestra la naturaleza de nuestros sentimientos de el uno para el otro.

Así al paso atrabancado el primer beso, los torpes movimientos de las manos, los aromas de la piel, el aliento en la cercanía y la frescura del amor que anuncia su llegada en el indescriptible momento de agitación que corta la respiración y se roba el suspiro.

Qué hacer para no perder la cordura, no es fácil, por eso, se ve a los enamorados que languidecen en pensamientos,

en imágenes etéreas, que revolotean en la cama por falta de sueño y que sueñan lo inimaginable, y, que aún así nada mejor que la realidad, que el momento de volverse a tocar, de templar el acero del espíritu, y ajustar las fibras musicales de los músculos, de compartir el beso que reinicia el momento o abre el telón de la locura para el amor desenfrenado o suave, condescendiente, acertado, lógico y compasivo, que da de beber tragos lentos a la existencia intensa de tu desconcertada alma, entregada a lo inimaginable.

El canto es al amor de mujer, el más conocido del hombre desde que es engendrado por su madre, proclive al toque mágico de ellas, de sus sonrisas, de sus expresiones, de sus abrazos, de su ternura y de sus lágrimas, que lavan el espíritu que se va renovando en cada desengaño o en los días de desamor.

Tan hechas para amar, tan hechas para estrechar, tan mágicas para dominar la explosividad de los hombres con su suavidad, tan comprensivas y capaces de escuchar historias absurdas para permitir la catarsis trasnacional que absorbe su humanidad para componer la tuya.

En el alma de la humanidad el destello mental que abrió paso al pensamiento, dirigió la mirada a las estrellas y al

sol, se extasió con las nubes, encontró una descripción en cada elemento de la naturaleza y permitió reconocernos entre nosotros, paso de la sencillez a lo complejo de nuestra existencia, encendiendo la antorcha de la aproximación que perpetuaría nuestras vivencias, matizadas por un sentimiento de solidaridad, de expresividad selectiva y de complicidad.

Lo que los hombres y las mujeres se dicen es un secreto que escandaliza a los puritanos, anima a los tímidos, hace reflexionar a los exotéricos, desconcierta al brujo, agita a la sociedad y a mí, me hace reír y ser feliz sin recato y con la convicción de que lo hecho, hecho está para mí, para ti y para todos, que siempre nos ha pertenecido y que nadie tiene derecho a modularlo, solo tú y ella.



Paul Núñez

Si mis amigos pudieran verme

Virginia Meade

They'd never believe it...
 They'd never believe it,
 If my friends could see me now!

Hace un par de meses, mi hija me invitó al Corona Capital ¡no lo podía creer!, me sentí halagada. El sábado por la mañana me dio cualquier cantidad de instrucciones: no lleves esto ni aquello, ¡ni se te ocurra! ¿Tus tenis anaranjados? ¡Ni por asomo!

Mi hija deseaba llegar temprano para activar los brazaletes que nos servirían para pagar en los establecimientos de comida. La llegada al Autódromo fue fácil y rápida. Caminamos quizá diez minutos evadiendo a los revendedores de boletos: “te sobra un boleto, quieres un boleto”, también nos ofrecieron el servicio de taxi bicicleta. Mi hija me preguntó si quería usarlo. No —dije con firmeza— quise que ella supiera que no me iba a doblar a la primera.

La entrada al evento me alarmó; una fila de policías a los lados de las entradas donde: presentamos el boleto, nos colocaron la pulsera con la placa para ser activada; revisaron el contenido de mi bolsa, sus costuras, bolsas interiores y, luego, a mí. La mujer policía me sonrió y me dijo: “tranquila, no le voy a hacer nada. Dese la vuelta”.

Al dejar el área de revisión: los cuatro escenarios nos esperaban. Mi guía me dijo: localicemos el lugar para activar el brazaletes, después el primer escenario, yo añadí: “y los baños”. Me sentí como la primera vez que fuimos a un centro de diversiones, con la diferencia de que los roles se habían cambiado. Ella me dirigía: yo quería verlo todo, explorarlo todo.

Cuando llegamos al Corona Light me pidió que me sentara en el pasto. Aproveché para observar a la gente llegar —todos, al menos veinticinco años menores que yo—; me sorprendieron algunos de sus atuendos ¡todos se sorprendían de verme a mí! Divertido.

Escuché los gritos de entusiasmo, el primer grupo estaba entrando al escenario. Las bocinas abrieron sus bocas en un estallido. La experiencia de música y gente viva fue avasallante, increíble y memorable. El lenguaje compartido entre los integrantes de la banda y los fans: las piernas siguiendo el ritmo de la batería: despacio-cortito; los hombros y brazos para la guitarra; las expresiones de las caras me decían: estoy triste, me gusta, me llega la letra. Claro que “los posers” no transmitían nada; únicamente: estoy aquí, véanme ¡levito! Un hombre con una cámara caminaba hacia las personas, enfocando sus caras; él sonreía a cada uno hasta que llegó a mí y exclamó: guau, muy bien. Sonreí con toda la cara: ¡Ja! Yo estoy aquí, véanme ¡levito!

Mi hija me instruyó: después de este grupo tendremos un descanso, iremos a comer. Obvio los famosos

brazales no sirvieron. ¡Sólo *cash*! Aquí confieso que no tenía hambre ni sed ¡mi espalda gritaba por una silla! Cuando regresamos al escenario la cantidad de personas había aumentado geométricamente. Nos acercamos a unos veinte metros y poco a poco mi guía me acercó al frente del escenario —aquí quiero precisar que ella me lleva veinte centímetros de altura—, puso sus manos sobre mis hombros para colocarme en un sitio donde yo pudiera ver la banda. Lo mejor es que yo conocía la letra de las canciones (he sido entrenada). En la gigantesca pantalla detrás de del escenario proyectaban a la audiencia cantando, saludando. ¡Oh! Unas figuras humanas de plástico rosa saltando. Después de varios gloriosos grupos empezó a llover a cubetadas. Ríos de agua corrían por la cara de la muchedumbre, y, todos firmes hasta que el concierto terminó.

El regreso a casa fue una odisea. Creo que hacía veinte años que no viajaba en el metro. Llegamos en 45 minutos: contentas, hambrientas y mojadas. Corona Capital: ¡fue genial! Los reportes de la asistencia del sábado ¡85 mil veinteañeros y yo!



Paul Núñez

Mejor en Dallas

Cecilia Durán Mena

En la pantalla del teléfono se anuncia que el conductor está a un minuto de pasar por nosotros. En efecto, la minivan llega con las luces intermitentes encendidas. Verifico que las placas coincidan antes de subirnos para que no me pase, como tantas otras veces, que me subo al coche de un extraño que ni la debe ni la teme. Saludamos con un correcto *good morning* y nos acomodamos en los asientos traseros. Walter, nombre que indica la aplicación, es un hombre de piel negra, y pelo tan ensortijado y corto como si tuviera el cráneo adornado con círculos negros. Parece una especie de oruga ondulada que se encorva como un ovillo sobre el volante. Nos contesta con un bufido, arranca y se enfila a la salida del aeropuerto.

Miro por la ventana. Tengo la sensación de que lo mismo podría estar en Detroit, Omaha o Tampa Bay, pero estamos en Dallas. El cielo tiene un color tan tenue que parece blanco, como si se hubiera fundido la mitad y estuviéramos a media luz, como si la bóveda celeste estuviera mal alumbrada. Ni hace frío ni hace calor, el termómetro marca diecinueve grados centígrados. Todo está tan limpio y en su lugar que parece que estoy viendo una maqueta. Algo falta en la mayoría de las ciudades de

los Estados Unidos. Parecen circuitos uniformes en los que siempre encuentras una gasolinera, varios lugares para comprar hamburguesas, alguno para desayunar *waffles* con tocino y salchichas, una o muchas tiendas de conveniencia y así sucesivamente, en una progresión infinita e idéntica que se cruza con una maraña de concreto asfáltico interestatal o que es el cinturón metropolitano en el que puedes quedarte dando vueltas por toda la eternidad.

Mis hijas y mi marido caen en un sopor inmediato. Me siento cansada por el vuelo, pero no tengo sueño. Sigo mirando por la ventana y veo cómo aparece una serie de marcas conocidas: hoteles, agencias de venta de carros, anuncios de cerveza. Recuerdo con nostalgia aquellos años en los que esos logotipos eran una novedad que no se encontraban en México. Nuestras calles son algo más desarregladas, menos uniformes y al caminar te encontrabas la tiendita de don Nacho, la tintorería de Carmelita, la librería de las comadres, el café de don Simón que fueron desapareciendo y dejando su lugar a marcas mundiales. La amada globalización: como da, quita. Entra un mensaje de WhatsApp: ¿ya llegaron? Le envío un mensaje de voz a mamá para decirle que vamos camino al hotel. Walter me mira por el retrovisor.

—¿De dónde tú eres, chica? —la voz de Walter me sorprende, no creí que fuera latino.

—Mexicana. Tú eres cubano, ¿verdad? —los cables en el cerebro se conectan para llegar a una conclusión rápida.

—Sí, señora. De la Habana, del barrio de Fontanar: habanero por los cuatro costados.

—Claro que sí, ese tonito, esa manera de hablar cantando, sólo la tienen ustedes los cubanos.

—Sí, señora, puro Guantanamera, amor y candela. Bienvenida a Dallas.

—Gracias. ¿Tienes mucho tiempo acá? ¿Cuándo llegaste?

—¿A Dallas? Hace dos meses. A Miami hace ocho años.

—¿Qué haces aquí?

—¿Cómo qué? Lo que todos los cubanos, buscar vida. Soy balsero, como lo fue mi padre que salió de la isla hace treinta años y no volvió a mirar atrás.

No supe qué contestar, no tuve nada más que agregar. Pero Walter estaba en modo de contarle todo y yo sin intenciones de pedirle que se callara.

—Esto es el paraíso para muchos, ¿tú sabes? Aquí, te inscribes a una aplicación y ya tienes un modo de vida. Vamos, una vida, al menos eso. Eso para muchos ya es demasiado y para otros es suficiente. Verdad de Dios, chica. Es que entre viajar y migrar hay un pozo oscuro. En este país te enseñan una pila de cosas, tienes que aprenderlo

todo de nuevo, desde abrir las puertas hasta olvidarte de que tienes un grado universitario y buscarte un oficio. La memoria no es un buen aliado. El olvido duele, pero duele menos que acordarse— la huracanada de palabras salía de la boca de Walter a un ritmo que no permitía respuestas y así me enteré en pocos instantes de la historia de exilios de su bisabuelo, abuelo, padre balseros que llegaron con los pies mojados a las playas de Florida—. Como todos los hermanos cubanos, primero llegué a Miami, pero me vine a trabajar aquí porque allá todo resulta turbulento y con un clima muy extremo.

—Creí que el clima de Miami era similar al de Cuba— me aventuré a decir, justo cuando Walter se tomaba un respiro.

—Por eso, se parece mucho y eso me resulta muy extremo. Allá, chica, se quedan los que no saben hacer cuentas. Allá están los que tienen el cerebro chiquitico.

No entendía mucho, pero alcanzaba a percibir lo que me quería decir. Moví la cabeza de arriba abajo, como mi única participación posible.

—La inconformidad es de pura raíz cubana, aunque de proporciones científicas. Miami es caótica, ruidosa, vulgar. Con aquellos centros comerciales en barata permanente que son un engaño. Es cara. Me parece muy cara.

Trato de seguirle el hilo, es un hombre articulado.

—La gente no sabe hacer cuentas, chica. No sabe. Las matemáticas sirven, tú sabes, ¿no? Pocos entienden para qué se usan los números. Los que se cierran y los rechazan se tragan la ilusión de precios reducidos y pagan más que en las tiendas regulares por cosas de temporadas pasadas. Son gansos. Compran caro y malo. Creen que pagan barato y lo hacen a cada rato. Ilusión, pura ilusión. En esta vida, hay que aprender a sumar y a restar. Si no, luego, ya no tienes para el alquiler y menos para mandar dinero a los que dejamos en la isla. Y, todo se va olvidando. Los rescates que debes enviar se te van quedando en el bolsillo. Yo siempre ando procurando no extraviar el rumbo para no toparme con el destino de los barrios negros. Hay mejores formas de vivir. ¿Te imaginas arriesgar tanto para conseguir tan poco?

Me mira por el espejo y le sonrío.

—Mira, ya tú sabes, lo que en realidad más me enerva de Miami es la atmósfera. Es tan sombría, está cubierta de un barniz espeso, es un merengue que se derrite con los rayos del sol. Es una puesta en escena barata, es una imitación corriente de marielitos, balseros y nuevos ricos que tienen una fuerte propensión al fundamentalismo. Allá, o estás con o en contra, no hay de en medio. En La Habana había urbanizaciones de condominios cerrados que, en su esplendor, que alguna vez la ciudad tuvo su esplendor, ¿qué tu crees, chica?, fueron de una belleza de admirar. Pero la Florida es de plástico, de cartón. Hay barrios en los que

la gente vive peor que en la isla. Llegas y te metes a lo más malo del Tercer Mundo: departamentos sin ventanas, muchachos drogándose en las calles, mujeres cocinando en los estacionamientos. Trabajas todo el día para pagar una vida cutre. No te creas las historias que te cuentan en los paseos que te enseñan la casa de Hemingway y el lugar donde asesinaron a Versace. Puros cuentos. Realidades ajenas. Tonterías que te enseñan para sacarte la pasta.

—¿No vivió Hemingway en Florida?

—Y también mataron a Versace a las puertas de su casa, pero yo me refiero a esa guapería barata que trata de tapar tantas tonterías. Ay, chica. Los cubanos somos complicados, aunque nos digamos amantes de la simplicidad y el equilibrio. Es una entropía mental que dificulta la coherencia. Mucha Cuba sin ser Cuba. Andamos como hijos de nadie. Cada uno tiene derecho a pensar y a vivir como desee, pero allá están los que quieren ser más cubanos que los de La Habana, los que reniegan de su origen, los que se empeñan en sacarse la sangre antigua y hacen todo lo que se puede para quitarse las huellas que delate su vida vieja. Todos somos canallas que contamos cuentos a quien nos quiera dejar unos dólares más y ya. Eso somos.

—Pero, los cubanos son una comunidad muy bien organizada en los Estados Unidos.

—Sí.irme de Cuba fue lo mejor que me pasó. Es duro. Es verdad. Se lo agradezco a los que me impulsaron

a hacerlo. No sé como estaría viviendo allá, porque estoy seguro de que la cosa va de mal en peor. Aquello no tiene arreglo. En Florida está mejor, pero de pronto, ahí tampoco está la compostura. Esa no es una vida.

Asiento. No encuentro palabras para responder a un hombre en el exilio, con los juicios sobre su vida cubana ni creo que nada de lo que yo le dijera valdría la pena. Es más, estoy segura de que no espera ningún tipo de contestación.

A lo lejos, se ven las siluetas de los edificios del centro de Dallas.

—En cambio acá, se gana menos, pero se gasta menos. Mucho menos. En esta ciudad hay más porvenir. Se vive mejor en Dallas.

—¿No extrañas el mar? —no me imagino lo que será no tener playa para alguien que creció en las costas del Caribe.

—No y si siento nostalgia, tomo algo de ahorros y en vez de correr a Miami, me voy a alguna playa mexicana a que me traten como un rey. Se trata de hacer cuentas. Se está mejor en Dallas.

Me pregunto por qué me toca ser el depósito de los desahogos de este hombre. El cielo sigue casi blanco, sin nubes, sin sol.

—¿Quieres que te lleve a ver el lugar dónde mataron a Kennedy?, nos queda de camino.

Pasamos por la Plaza Dealy. Walter me enseña el memorial que le construyeron a JFK, parece una pieza de lego. Es un cubo de cemento gris. Nos enfilamos a Elm Street. Llegamos al hotel. Bajamos el equipaje, sin ayuda del conductor. Walter sigue hecho un ovillo, jorobado sobre el volante. Arranca sin decir adiós.

—Oye, ¿por qué nos cobraron treinta dólares extra?
—me pregunta mi marido— La aplicación dice que el conductor estuvo dando varias vueltas de más.

Suspiro, Walter me jugó cubano.



Paul Núñez

Sí sirvo

María Elena Sarmiento

Estaba a punto de dejarme convencer de irme a una casa de retiro cuando dio inicio este asunto del coronavirus y me dio miedo entrar para no poder volver a salir. La verdad es que últimamente todo me da miedo. Ya casi ni me atrevo a platicar con la gente porque no me vayan a contagiar.

Muchos domingos, mi hijo se conduce de mí y me lleva a dar la vuelta. Desde que esta terrible pandemia comenzó sus estragos en el mundo, intenta hacerlo con más frecuencia y se lo agradezco el doble porque disfruto mucho nuestros paseos aunque sean nada más alrededor de dos o tres manzanas cerca de mi departamento. Yo todavía vivo sola, en un edificio en donde todos nos conocemos y la mayoría somos adultos mayores. Es un riesgo que hay que considerar si sigue valiendo la pena.

Eso era algo para pensar en otro momento. Ahora el día era espléndido. El sol me sonreía. Mi hijo usaba la playera roja que le regalé en Navidad con la que se le ve la tez más bronceada. Quién sabe por qué, pero de verdad que se ve guapísimo con ella. Me gusta caminar a su lado cuando la trae puesta. Me siento orgullosa de ser la madre de ese galán. Los pajaritos estaban cantando y vi su coche recién lavado al que todavía no lo habían “bautizado” las palomas. Sí. Ese iba a ser el mejor paseo del mes. Tomé el brazo de mi hijo y sonreí debajo del cubrebocas.

Antes de cruzar la primera calle, nos alcanza un anciano que vendía cucharas de madera artesanales con figuras.

—Lléveme una, señora, por favor. Cuestan \$100.

Yo quise ignorarlo. Me gustan esas cucharas porque son muy coloridas, pero son incómodas porque las tienes

que lavar con más cuidado que las metálicas. Yo lo que quería era platicar y caminar al lado de mi hijo.

—Sé que están caras, seño —continuó el vendedor—. Se las dejo en \$80. Es que ya no sirvo para nada. Ya sólo puedo hacer una de éstas al día.

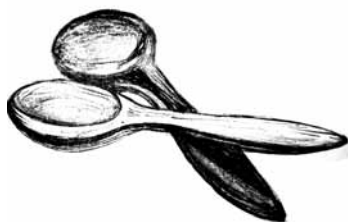
Sus palabras me dejaron helada. Sin pensarlo, saqué un billete de \$200 y se lo di. Esas cucharas llevaban muchísimo trabajo. Estaban muy detalladas. Escogí dos y las tomé.

—Sólo quiero que le quede muy claro que usted sí sirve, señor. —Lo miré a los ojos—. Usted sí sirve. —Yo estaba temblando—. Sí sirve. Estoy segura que en la vida usted ha aprendido cantidad de cosas útiles. Usted y yo podemos platicar. Nos entendemos. Ahorita no podemos porque está mi hijo, pero mire, porque sé que sirve, le doy esto.

—Con la mano, le hice señas de que me diera cambio. —Gracias —balbuceó—, usté sí entiende el trabajo que llevan, doña. —El hombre se persignó con el billete una y otra vez, se le humedecieron los ojos y siguió su camino.

A mí también se me humedecieron los ojos. Me acomodé la ropa, me aclaré la voz, le di de nuevo el brazo a mi hijo para retomar nuestro paseo y le dije:

—¿Sabes? A veces se me olvida que yo también sirvo todavía.



No quiero estar aquí

Andrea Fischer

1. Yo me acuerdo de todo

Al principio, no me pareció particularmente inteligente. Sin embargo, durante la primer reunión mensual de profesores, los demás concordaban en que hacía comentarios extraños en clase. La de Educación Física señaló que se quedaba sentada a la mitad de la cancha de basquetbol, mirando al cielo porque, en sus palabras, quería ver si la primera gota de lluvia que cayera en el año estaba contaminada. Los profesores de las demás asignaturas hicieron observaciones similares, relativas al comportamiento de la niña en sus materias.

Sólo entonces empecé a fijarme más en cómo interactuaba con sus compañeros. Al día siguiente, me di cuenta de que en lugar de salir a jugar al patio, se quedaba encerrada en la biblioteca de la escuela. Cuando le pregunté a la encargada que qué hacía mientras estaba ahí, me dijo que siempre se ponía a leer el mismo libro. Una, y otra, y otra vez lo empezaba y terminaba, de inicio a fin:

—Seguro lo trae de su casa —me dijo la bibliotecaria—, porque no es parte de nuestro acervo.

Los días siguientes, intenté hacerla participar más en clase. Yo era su profesora titular, y le impartía las materias de tronco común. Hablaba muy poco y respondía bien, detrás de

un par de lentes gigantescos que no correspondían a su cabecita diminuta. Parecía como si se los hubiera robado a alguno de sus abuelos, porque tenían de esos marcos que se pusieron de moda en los 80. De altura promedio y facciones atropelladas, Esperanza no llamaba la atención. Alguno de sus compañeros me la describió como *una arañita de esquina*. Lo regañé, pero muy adentro, sí estaba de acuerdo con él.

Conforme el año escolar avanzaba, me fui dando cuenta de más cosas. Acababa tan rápido los ejercicios de matemáticas que hacía la tarea en clase. No sé si estudiaba en casa, porque no tenía apuntes. Cuando le pregunté que por qué sus cuadernos estaban vacíos, se me quedó viendo. Luego me respondió:

—Yo me acuerdo de todo.

Con los primeros exámenes del curso, me quedó claro: salió con diez limpio en todo. Desde inicios de curso, me había dado cuenta de que le costaba poner atención. Mientras los demás copiaban del pizarrón, Esperanza se ponía a dibujar o a mirar el techo. Alguna vez, cuando los niños salieron a recreo, le encontré el trazo de los volcanes que se veían desde los ventanales del salón, porque la ciudad se limpia con los vientos de febrero. En la esquina inferior de la hoja, con una letra minúscula y apretadísima, se leía en lápiz rojo: *no quiero estar aquí*. Ahí sí me preocupé.

Decidí consultarlo con la psicóloga de la escuela. Le llevé el dibujo a su oficina. Sencillamente me dijo:

—Cita a sus padres. Cuanto antes, mejor.

Me dijo que esa niña ya había llegado a clases con moretones en los brazos. Cuando mandé llamar a sus padres la primera vez, no pudieron venir. Intenté un mes después, a mediados de marzo. Me contestó su mamá en su teléfono celular:

—Discúlpenos, maestra. Somos médicos de tiempo completo. Llevamos dos jornadas. Qué pena que no pudimos asistir a la reunión pasada.

Le dije que no se preocupara. Me llamó la atención que parecía susurrar, como si estuviera en consulta. Intenté no quitarle mucho tiempo. Finalmente, le pregunté qué día tenía más libre, para poder reagendar la cita.

—Posiblemente el martes, a eso de las once de la mañana.

Cerramos la fecha. Coincidió con el tiempo de recreo de los niños, así que también me quedaba bien. Generalmente, cuando hago venir a los padres de familia me gusta apartar la sala de maestros para hablar con ellos. Siento que es más cómodo que verlos en un salón de clases: los escritorios son minúsculos, porque los usan niños de primaria, y no me gusta que los señores se queden parados mientras les hablo desde mi lugar.

2. *¿Te sientes mal?*

Al dar las once del martes siguiente, dejé salir a los niños a recreo. Esa mañana me dediqué a reunir las evidencias de Esperanza: sus exámenes de español, matemáticas,

geografía y ciencias naturales, específicamente, y algunos ejercicios hechos en clase. Los metí todos en un fólter amarillo con un clip, para que no se me fuera a ir ninguno. Hasta el final del archivo, puse el dibujo de los volcanes que había encontrado. Justo antes de que se fuera, le pedí a Esperanza que se acercara a mi escritorio. Le sonreí:

—Hoy voy a ver a tus papás.

Frunció el ceño:

—¿Te sientes mal?

Me dio risa:

—No, les voy a presumir que te fue muy bien en las calificaciones de este mes.

Se encogió de hombros. Tenía unos bracitos verdaderamente diminutos.

—¿Ya puedo bajar?

Al salir del salón, me di cuenta de que traía un libro azul debajo del brazo. Le calculé unas quinientas páginas. En letras blancas, alcancé a leer el título: *Astrología: ¿ya encontraste tu verdadero «Yo»?* La verdad, intenté no soltar una carcajada en ese momento. Me paré rápido y salí hacia la sala de maestros. De camino hacia allá, me encontré una paloma muerta tirada en el piso del patio. Estaba desnucada. Me dio asco: quise pensar que alguno de los chicos le había dado un balonazo sin querer.

3. *No es molestia*

En la sala de maestros, el piso está alfombrado. Hay una

mesa redonda de madera, una cafetera que no sirve y un refrigeradorcito que siempre está vacío. Muchas veces no hace falta prender la luz, porque los ventanales permiten la entrada natural todo el día. Desde ahí, se puede ver a los niños jugar en el patio, porque está en la planta baja del edificio de la dirección general.

Los señores ya estaban esperándome, sentados a contraluz, como dos fantasmas de casa vieja. La secretaria me dijo que no llevaban esperando mucho tiempo. Ambos traían bata de laboratorio, el pelo arremolinado y ojeras debajo de los ojos. Los saludé al entrar y les agradecí el esfuerzo por haber venido:

—Yo sé que tienen muchas cosas que hacer.

—No es molestia —me contestó la madre, con los labios apenas pintados y un movimiento seco de brazo.

Pensé que tal vez vendría de malas:

—Estoy muy contenta con cómo le fue a Esperanza en este periodo.

Me senté frente a ellos y les mostré las calificaciones de los primeros parciales de su hija. Uno a uno, acomodé los exámenes de cada una de las materias. Diez, diez, diez, diez. Nunca antes había visto un rendimiento así en una estudiante. Ninguno de los dos pareció particularmente emocionado. El padre tomó uno de los papeles y lo examinó con mirada científica. Se me antojó que fuera oncólogo, o algo por el estilo. Después de revisar todos exámenes con cuidado, el señor comentó:

—Le he dicho a Esperanza que tiene que mejorar su caligrafía.

Sentí frío. Me pareció momento de ir al punto:

—Señores, los convoqué por un dibujo que encontré en la banca de Esperanza. Me había dado cuenta de que no pone atención en clase, y prefiere hacer otras cosas mientras sus compañeros resuelven los ejercicios que les dejo —la madre resopló, como si no le sorprendiera—, pero me quise esperar a ver sus resultados en los parciales para decidir qué hacer. Con estas calificaciones, lo que me preocupa es más bien el contenido de la imagen que hizo.

Ninguno de los dos se inmutó. Me costó trabajo sostenerles la mirada: me veían como se ve a quien está a punto de dársele una muy mala noticia. Seguro estaban ya acostumbrados a ver a la gente así. Deslicé el fólder sobre la mesa hasta ellos. Con un movimiento breve de mano, los invité a abrirlo. Al hacerlo, fruncieron levemente el ceño. Sentí alivio de ver algún trazo de emoción en sus rostros.

La madre me volteó a ver:

—No entiendo, maestra.

—Yo sé, a nosotros también nos tiene preocupados.

Me cortó en seco:

—No, no. Nos entregó una hoja vacía —y la extrajo, mostrándomela.

Me quedé en blanco.

—No puede ser.

4. *El fin del recreo*

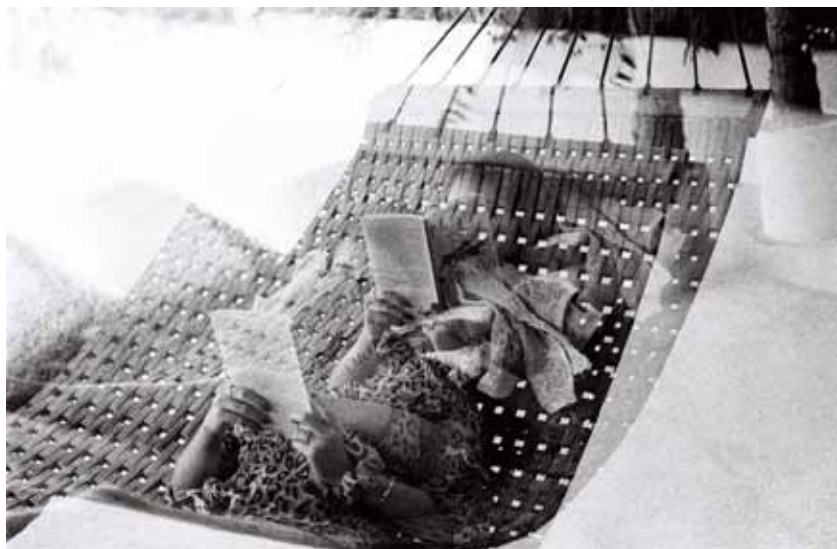
Nunca antes había sentido una vergüenza tan grande frente a padres de familia. Por más que busqué el dibujo entre las cosas que traía, no pude encontrarlo. Me disculpé mil veces por hacerlos venir el vano.

Sonó la campaña que marcaba el fin del recreo.

De vuelta en el salón, puse a los niños a leer un capítulo entero del libro de ciencias naturales. El salón entero estaba en silencio. Así, con todo el mundo callado, Esperanza se acercó a mi escritorio. Se paró enfrente de mí y desdobló el dibujo que le había confiscado. Me sonrió y rompió la hoja la mitad, en dos jirones iguales. Luego la tiró al bote de basura —el verde, que es de reciclaje. Nunca volví a revisar sus cuadernos.



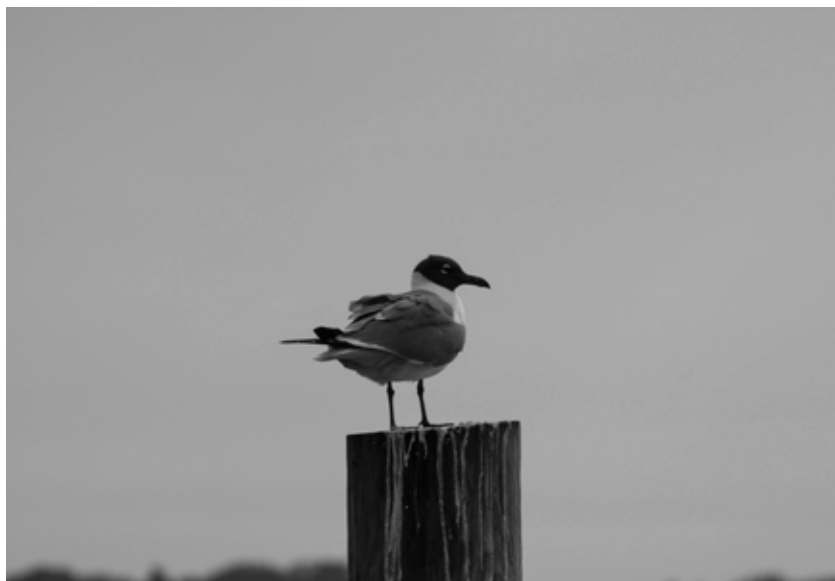
Paul Núñez



Sin título
Andrea Fischer



Sin título
Andrea Fischer



Sin título
Laura O'Dogherty



Sin título
Laura O'Dogherty



Serie de los Reyes III
Santiago López



Serie de los Reyes IV
Santiago López

Delito sin víctimas

Enrique Garza Bandala

“Si hubiera sido más cuidadoso me habría mantenido lejos de la baraja”, pensé, “he visto lo que les hacen a aquellos que no pagan... soy un idiota, debí experimentar en cabeza ajena... pero, ¿en qué estoy pensando?, nadie experimenta en cabeza ajena”. Aposté y perdí todo lo que traía encima. Tuve la certeza de que mi suerte iba a cambiar, pedí prestado a la dueña del garito; también ese dinero lo perdí. Ahora no tengo con qué pagar. Ya no tengo los coches, mis hijos no tendrán educación, mi mujer dejará el club, nuestros amigos nos volverán la espalda. Todo por ese maldito rey de espadas. Tuve una racha ganadora, la diosa fortuna me sonrió y por un instante fui millonario. Necesito conseguir el dinero que debo, de lo contrario, me romperán las piernas, matarán a mi familia frente a mí; encontrarán mis restos dentro de una maleta y mis padres, esos dulces viejecitos, vivirán la peor de las pesadillas.

“¿Qué voy a hacer?”, me repito en pos de la solución, “piensa, eres un hombre brillante... tu vida como la conoces depende de ello”. Se me ocurren dos posibles soluciones. La primera, es obtener el dinero de mis padres, pero como no me sacarán de esta situación otra vez tendré que forzarlos. Es una bajeza, pero ellos no me darían lo que necesito de motu proprio, tendré que hacerlo parecer un vulgar robo a

casa-habitación, además no pienso lastimarlos. La segunda, es vender uno de mis riñones en el mercado negro, dicen que en Tepito comercian con todo, mas considero que esto sería muy peligroso. Podría morirme en la plancha, no resistir la anestesia, pescar una infección e incluso ser robado, buena la haría entonces sin riñón, sin dinero, o muerto. Coloco ambas soluciones en la balanza. Mientras que la primera es el acto de un hijo sin entrañas y supone algunos riesgos: mis padres podrían sufrir un infarto o peor aún, reconocerme; la segunda, vender mi riñón también es riesgosa y hasta más, mi vida corre peligro y al final, si las cosas salen mal, de cualquier forma, les causaría un profundísimo dolor a mis seres queridos.

Me queda claro que la primera opción es la más adecuada: voy a despojar a mis padres de sus cosas. Esta solución es la más pertinente, pues se trata de un delito sin víctimas. En años anteriores sustraje varios cheques del escritorio de mi padre, falsifiqué su firma y los cobré. No fue una, tampoco dos, fueron varias veces. Hice lo mismo con la firma de mi mujer y vacié nuestra cuenta conjunta en el banco: la herencia que le dejaron sus padres, las donaciones que hicieron los míos para la educación de nuestros hijos, el fruto del trabajo de ambos. Nadie se ha dado cuenta y, por lo tanto, nadie ha sufrido.

De esta forma, si consideramos que la primera opción, es decir, atracar a mis padres, no solo es la que mayor beneficio supone, sino también la más fácil de ejecutar y la

menos riesgosa, es necesario planear cuidadosamente los pasos a seguir para llevarla a cabo, entre los cuales destaca el uso de arma de fuego. Primero, compraré un pasamontañas, lo pagaré en efectivo para no dejar rastros en papel. Limpiaré mi pistola, le quitaré las balas y las guardaré en el cajón de mi buró. Luego, esperaré a que sea jueves que es el día en que mis padres no tienen actividades sociales, ven películas toda la tarde y se meten a la cama a las nueve de la noche. Después, una vez que esté afuera de su casa, esperaré a que apaguen las luces; forzaré la puerta de atrás; entonces, subiré la escalera de tres en tres y los amenazaré fingiendo una voz distinta. A continuación, tras encerrar a mi madre en el baño, obligaré a mi padre a punta de pistola a abrir la caja fuerte, sé que lo hará si amago con matar a su amada esposa. Al final, saldré con el botín a la calle bajo la luz de la luna. Ejecutaré mi plan con gentileza, no los golpearé en la medida que no sea necesario para mis propósitos y al amarrarlos procuraré no cortarles la circulación. Si me llegaran a descubrir explicaré mi proceder entre lágrimas, incluso de rodillas, prometeré rehabilitarme, juraré sobre la memoria de la abuela. Me perdonarán, estoy seguro de ello.

En conclusión, solo el uso de la pistola puede garantizarme el éxito. Si atraco a mis padres sin violencia me arriesgo a ser descubierto; si me descubren, la imagen que tienen de mí se desmoronaría, entonces me negarían el dinero y mis acciones se reducirían a un berrinche; prefiero

lastimarlos antes que caer en el ridículo. “Quizá ponerle balas a la pistola sea lo mejor... de lo contrario ni yo mismo me tomaré en serio”, concluyo. Robarles a mis viejecitos, cueste lo que cueste, es la mejor opción. No puedo darme el lujo de fallar: tengo que pagar mis deudas, salvarme de la ignominia, tomar control de mi destino. Ahora que tenga dinero las cosas volverán a la normalidad, y si la suerte me es favorable regresaré a la mesa de *blackjack*, pero en esta ocasión me haré millonario; puedo sentirlo en los huesos, me recorre las venas, lo susurran a gritos las estrellas.



Paul Núñez

En la hora más oscura

Juan Carlos Padilla Monroy

En medio de la noche oscura y silenciosa, recostado en el cómodo sillón de la biblioteca de mi casa, disfruto lo que más me gusta: leo un libro bajo la luz alegre de una lámpara antigua y, aunque triste por la ausencia de un colega, nada regocija más mi corazón que la melancólica literatura. Es una noche perfecta para reflexionar y llevar al papel todos aquellos anhelos que alumbraron mi vida.

Unas lágrimas traicioneras brotan de mis ojos y ruedan sobre mis mejillas hasta caer en el libro indicándome un pasaje; acaricio con el pulgar la húmeda hoja manchada por el llanto.

«Quien no ama la soledad tampoco ama la libertad, pues únicamente se es libre cuando se está solo, ya que la obligación es la compañera inseparable de toda compañía».

Coloco un separador y cierro el libro, me levanto del pesado asiento y recorro con la mirada la cálida estancia mientras busco en mi saco la pluma con que fueron escritas mis más íntimas narraciones.

Libre —no lo creo—, “nuestra única libertad consiste en creer que somos libres”, estamos limitados por este mundo cabalmente finito. Este pensamiento me atormenta todavía y ha consumido buena parte de mi existencia, pero todo

acabará pronto. Al parecer soy invisible a los ojos de Dios, pues me ha abandonado, me ha olvidado en esta tierra y aún no me llama a su encuentro.

El aroma de los viejos libros produce en mi espíritu una tranquilidad aún mayor a la que produce el sonido de las olas en el mar. He leído todos estos libros, pero ¿de qué me ha servido? mi filosofía sólo la he compartido conmigo, me he idolatrado vanamente, pues no hay quien alabe mi sabiduría, “el rico no goza de nada si le hace falta la envidia de los demás” ¿Qué me hubiera costado ser prudente cuando hablé en público? “La razón de que un perro tenga tantos amigos es que mueve la cola y no la lengua”; conozco los valores éticos y aún así no fui capaz de aplicármelos, quizá ahora estaría riendo con verdaderos amigos, escuchando música, bebiendo y conversando fantasías, “un amigo no es cosa de la que pueda ufanarse todo el mundo”.

La pluma se detiene para meditar, cuántas palabras y pensamientos escapan en la reflexión y no tienen un destino, porque olvidamos dárselo; “el hombre no debiera censurar las ideas que circulan por su cabeza sino darles dirección”... “uno aprende a estar solo, pues también se está solo entre los hombres”. Los extrañaré cuando me falte la vida, “la presencia inminente y silenciosa de la muerte es uno de los fuertes lazos espirituales de la humanidad”. Pero mi alma, corrompida por el egoísmo, aún no aprende a amar al hombre y lamenta la soberbia y el mal que ha causado, aunque ya es tarde para arrepentirse; pues “cuando tuve veinte años, tuve el rostro que Dios me había dado; a

los cuarenta, el rostro que me dio la vida; y a mis ochenta años, tengo el rostro que merezco”.

Me levanto del escritorio, no puedo continuar escribiendo, las letras no fluyen igual que antes. Me acerco a la ventana, observo la silenciosa estrella que en la oscuridad de esta noche encantada me advierte, que no volveré a vislumbrar su brillantez. Cierro los ojos e intento recordar la primera vez que vi esa estrella hace ya muchos años... “las estrellas brillan más fuerte cuando tenemos los ojos cerrados”.

Ahora animo mi mente y caliento mi cuerpo con una copa de coñac que aguarda tranquila en el rincón de la estancia, “es mucho más difícil juzgarse a sí mismo que juzgar a los demás y; sin embargo, bebo para olvidar”, “cuando parten, las tragedias dejan marcas eternas, y las glorias recuerdos inútiles, pero el éxito es la única medida terrenal entre lo recto y lo equivocado”. Cuando muera quiero dejar un legado, deseo ser inmortal, inmortalidad que se hará evidente en el recuerdo que tengan quienes leen mis libros, escuchan mis discursos y conviven conmigo. La carta que ahora escribo es mi legado inmortal y eterno en la memoria de ustedes, a fin de cuentas, “el ser humano es más dueño de sus ideas que de los objetos” y lo afirmo, porque sé quien soy, y eso me da miedo. “cuanto más me conozco, más me espanta ser yo mismo; cuanto más seguro estoy de lo que ansío, más empeño pongo en disimularlo; cuanto más inevitable veo mis vicios, más feroz y desesperadamente predico la virtud. Es por ello que decido consumirme y no diluirme lentamente”. Después de haber vivido todo este tiempo, me

doy cuenta que “las horas son dolorosas, pero la última es mortal”, mas lo que he vivido, bueno o malo, lo he hecho porque así lo he querido, y yo sé que “el más insignificante presente, tiene sobre el pasado más significativo, la ventaja de ser real”. Al menos esta soledad infinita, me deja el consuelo de un soliloquio inteligente, ya que “la soledad es la riqueza interior, y puede existir independientemente de la sociedad”.

Se dibuja el alba en el firmamento y deseo ver el nuevo amanecer, me aproximo a la ventana para disfrutarlo por última vez.

Al fin que la hora más oscura, es la que viene antes de salir el Sol.



Paul Núñez

Nubes y mamá

Norma Soffer

Mamá, hay recuerdos que los tengo mucho más adentro. Algunos que te apuesto que no van a salir nunca. A veces pienso que no voy a darme cuenta de todo. Hoy, por ejemplo, estaba tratando de darle de comer a Tania, y caí en la cuenta. La subí en la barra de la cocina, como tu solías subirme a mí, entonces, una avalancha de recuerdos me abordó desprevenida. Me encontré hablando pareciéndome a ti y teniendo la misma poca soltura que tenías tú en la cocina. Tomé a Tania por ambas piernas y comencé a hablar. Era tuya la voz que resonaba en mi mente. Me decías que había caminos que surgían de las nubes y llegaban hasta nuestra casa. De ellos provenían todos los personajes de Disney. Simulabas con la cuchara que venía bajando algún personaje para lograr que abriera la boca y pudieras darme un bocado más. Un bocado más. De eso se trataba todo: de que abriera la boca distraída y tú metieras la cuchara, lo más llenita posible, y yo sin atender me lo tragara. Lo licuabas para que ni siquiera tuviera que tomarme la molestia de masticarlo y fuera todo este asunto más rápido. Estaba tan emocionada que me pasaba por la angosta garganta el contenido grueso de la cuchara. Completo, como hoy me paso una cápsula empujada por un trago grande de agua. Quería, lo antes posible, dejar libre mi boca para

preguntarte por Mimi. Poder saber más, imaginar más, conocer más. Hoy sé, mamá, que además de leche y avena le ponías huevo. Me juraste que no tenía huevo, pero yo veía casualmente uno o dos cascarones hasta arriba del basurero cada vez que repetíamos tu juego. Me hacías comerme no sé cuantos huevos pensando en Mickey y mirando hacia el cielo. Recuerdo tan bien la barra de formaica color camello, justo el sitio donde me colocabas. Yo me movía más hacia la orilla para tener mejor visión, desde ahí se alcanzaba a ver pedazos de nubes por encima de la barda blanca de la casa. En una nube vivía un personaje y en otra, otro. Me tragaba un par de bocados y me reía. Tomabas de nuevo la cuchara llena del espeso licuado. Recuerdo que esa tarde solo se veían dos nubes desde nuestra cocina. En la misma nube, ahora, vivía otro personaje. Y yo te decía que esa nube estaba ya ocupada, y tú movías la cabeza y me decías, muy decidida, que no, que esa era de quién tú estabas hablando. Yo ponía a prueba mi memoria y tú me decías: ¡No, nena! ¡No! ¡Te estoy diciendo que es la ranita la que vive ahí! Y yo te creía, más que a mis sentidos. Más a ti que a mi mente, que a mi inteligencia. A ti, solamente porque eras mi mamá. A los cuatro años hubiera tomado una nave en dirección a la nube a la que te referías y hubiera piloteado yo misma para demostrarte que lo que tú decías es cierto, porque eres mi madre.

Hoy ya no existe esa casa ni el muro. Ya no tomo leche. No recuerdo cuando fue la última vez que probé la avena y, del huevo, solo elijo las claras. Las que siempre están ahí, son las nubes. Desde cualquier punto en que me encuentre las miro, y nos cubren a ti y a mi, donde quiera que estemos. Las miro desde el coche, desde mi cama, desde el parque y cuando toco el pelo de mi hija que se enmaraña.

Esta tarde el cielo está nublado, se alcanzan a ver seis nubes o más y no recuerdo en qué nube vive quién.



Paul Núñez

Mi último suspiro

Juan Antonio Díaz Becerra

La percepción del tiempo puede ser muy distinta para dos personas, tener un sentido para quien vive y otro muy distinto para alguien como yo, cuyas imágenes mentales son fangosas y sin sentido. Esa diferencia puede ser abismal y me lleva a pensar que en el momento en que pueda recuperar mi memoria, si es que lo logro en el poco o mucho tiempo que me queda de vida, me va a ser difícil determinar qué cosas sí ocurrieron y cuáles son inventadas o falsas y no ocurrieron tal como las puedo evocar.

Esta confusión me conduce a un sombrío pantano donde cada idea que cruza mi mente —como si procediera de afuera, de los arbustos mugrientos o de un cielo añil— me provocara un balanceado insomnio durante la noche y una inapetencia somnífica durante el día que me impide saber si debo estar despierto o dormido. Estoy a punto de caer en un limbo que no puedo definir.

Me encuentro en un país cuyo idioma está compuesto por palabras que conozco, pero que no puedo utilizar de manera adecuada. Cada vez que escucho a alguien hablar, el sonido me resulta incongruente, puedo afirmar que las palabras son las mismas, aunque designan cosas distintas para los demás y para mí.

Es como si ante una casa ellos se preguntan quién vive en ella, cuántas habitaciones tiene o cuánto vale comprarla y yo en cambio pienso que el propio concepto

de casa me es ajeno, como me resultan extraños muchos de los demás conceptos. Es como si me hablaran en una lengua indomable.

¿Cómo se llaman aquellos pedazos, esos pedazos de papel en donde el doctor concienzudamente escribe y escribe cosas que no alcanzo a observar?

En esos momentos las palabras son un pelotón de ejecución y yo estoy apoyado contra el muro esperando que el sonido de la detonación me avise de que en cualquier momento un agujero en mi cuerpo empezará a quemarlo y a extenderse una misteriosa serenidad por todo mi organismo, la seguridad de una muerte sin retorno.

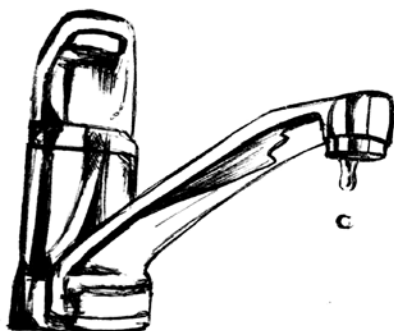
Otra cosa que me llamó la atención es que sabía que no podía despegar los labios, pero tenía la sensación de que había hablado por mucho tiempo. Mi voz trataba de no aumentar su intensidad, de reducirse a un susurro a pesar de que sólo retumbaba en los laberintos de mi cabeza, donde el silencio era también atronador en los momentos en los que dejaba de hablar.

Nunca antes había oído mi propia voz tan nítida, me sorprendió su gravedad y no supe si se me había vuelto más ronca o mi voz había dado un paso hacia adelante dejando un poco atrás el resto de mi cuerpo. Sea como fuere era mi voz y me angustiaba que la perdiera o que fuera la voz de un extraño, de una persona totalmente distinta a mí.

Qué cansado resulta soportar esa voz a todas horas, en todas las circunstancias, matizando los hechos describiéndolos de manera infinita, barnizando mis imágenes y mis recuerdos.

Horripilante es oírme en el silencio espectral de esta habitación, sólo roto por un grifo que goteaba impune, una sucesión de gotas cada dos o tres minutos.

En otros momentos trato de no dejarme vencer por la depresión, quiero creer en la idea de que lo primero para avanzar hacia adelante es recordar. Requiero juntar todas las piezas desperdigadas de mi vida y encontrar un sentido total. Tarea ardua pues si bien tengo consciencia de lo que ocurre a mi alrededor también reconozco que mi memoria presenta lagunas inmensas, hoyos de información que no sé cómo rellenar, ¿será que ahora que estoy muriendo sólo poseo sobras de lo que ha sido mi vida o mi muerte?



Paul Núñez

Quitasol de papel

Pita Escalona

“Hasta el noventa por ciento de descuento. No espere más y venga a Peri-Feria su centro comercial favorito. Lo estamos esperando.” Todo el maldito día repetían eso en la radio hasta que me convencieron y aquí estoy. A primera hora de la mañana muerto de sueño y de frío. Hecho un pendejo. No sé usted qué opine. Pensé que iba a estar llenísimo por ser hoy el único día y, por el contrario, no hay ni un alma. Usted es con el primero que me encuentro.

Todavía era de noche cuando salí de mi casa. Llovía. De esa llovizna que llaman moja-tarugos en la que a fuerza se tiene que usar los limpia parabrisas para poder ver. Como si eso fuera poco, apagaron las luces de la calle. Sufrí en la penumbra. No veo muy bien cuando está oscuro. El sentido de las calles no coincidía con mi sentido de orientación. Tuve que dar varias vueltas hasta encontrar la entrada a Peri-Feria al final de una barda de piedra.

El estacionamiento es un verdadero laberinto. Subidas, bajadas, a la derecha, a la izquierda. Yo quería estacionarme cerca de unas escaleras eléctricas o de la entrada a algún almacén de los grandes. No di con ninguna de las dos cosas porque había cintas amarillas alrededor

de las columnas indicando algún desperfecto. Tuve que estacionarme hasta casa de Judas. Me dio miedo bajarme del coche. A lo mejor estaba sobre un nido de ratas. Encendí la radio a todo volumen para ahuyentarlas por si acaso, pero de inmediato la tuve que apagar. Otra vez ese maldito anuncio del noventa por ciento de descuento. Me bajé del coche sin más trámite y caminé siguiendo los letreros hacia la entrada principal. En eso me dieron ganas de ir al baño y en vez de los letreros, comencé a seguir las figuras de los monitos. Subí por unas escaleras de caracol muy estrechas con barandal metálico. Me tropecé y quedé colgando por unos momentos. Me incorporé sin siquiera gritar. ¿A quién? En el baño no había luz. Tal vez no era hora de encenderla todavía. Dejé la puerta abierta. Después de lavarme las manos volví en busca de la entrada principal. Caminé por un pasillo gris. Parecía en obra negra. Había goteras. Seguro esos baños no eran para los clientes. Tal vez para el personal del estacionamiento. Llegué a la entrada. Me sorprendió el olor a encerrado. Creí que iba a oler a galletas o a palomitas como en cualquier otro centro comercial. Pero más que eso, me sorprendió ver todas las tiendas cerradas. Recorrí los dos pisos y todo era lo mismo. Aparadores apagados y por lo que alcancé a ver, tenían maniquís antiguos con ropa y peinados antiguos. Las tiendas de muebles parecían museos. Me asomé a una por una, colocando las manos pegadas al

vidrio al lado de mis ojos para que no se reflejara la luz de afuera, la luz del centro comercial. Defraudado me senté en esta banca a donde usted llegó unos minutos después.

Dígame, ¿qué sabe usted de todo esto? Porque yo venía a comprar un quitasol de papel ¿Sabe usted si van a abrir pronto?

Se ve que es la primera vez que viene. Tenga paciencia. Van a abrir, délo por hecho. ¿A qué hora, quién sabe? Cada año es lo mismo. ¿Cómo es que vino sin que nadie le platicara cómo está la cosa? Al ser una barata tan grande y sólo una vez al año, tiene que ser diferente.

¿Usted ya ha venido?

No. Yo trabajo aquí. Soy el que cierra y el que apaga la luz. Me pagan por permanecer en este sitio y esperar hasta que se vaya el último cliente para hacer mi trabajo.

¿Cuáles clientes? ¿Dónde están? No veo a nadie.

No se desespere, amigo. El momento va a llegar. Los clientes están escondidos por ahí y en cuanto escuchan que abren la puerta del primer comercio, se abalanzan en tropel e inundan las tiendas. Al cabo de varias horas las tiendas quedan como locales en renta. La gente arrasa con todo lo que puede. Por eso los dueños, para imprimirle un poco más de emoción a las compras, disfrazan los aparadores, así los

clientes no saben en cuál se encuentran hasta que ya están adentro. Se arremolinan en los pasillos al querer encontrar la tienda que buscan. Si oyera usted los gritos, la algarabía y las risas que provoca tal confusión. Claro que también hay enojos, insultos y malas palabras porque alguien tomó el objeto deseado. Le recomiendo que trate de esconderse porque si lo ven aquí probablemente lo embistan. La gente sale de sus escondites como los toros en Pamplona. Allá al fondo hay una puerta gris. Ábrala muy despacio y espere con los demás. Es el cuarto de limpieza. Tal vez se sienta incómodo porque es una habitación pequeña sin ventanas. Para estas horas ya deben estar todos apretujados. Caben como setenta. El aire penetra cada vez que alguien abre la puerta, así que no le negarán la entrada. Una vez dentro tal vez le moleste el olor a cloro o a Pinol, pero es mejor que esconderse en el entrepiso inundado por un olor fétido proveniente de los baños de arriba.

¿Y cómo es que llegó la gente si el estacionamiento está vacío?

Nadie viene en coche. Es ilógico si van a comprar tanto. La gente llega como puede y a eso de las dos de la mañana comienzan a estacionarse los tráilers para cargar con todas las compras. ¿No le dije que arrasan con todo? Pero si usted vino sólo por un quitasol de papel será mejor que se vaya y que lo busque en otro lado. A lo mejor ni siquiera

encuentra la tienda donde los venden o si la encuentra a lo mejor ya no hay quitasoles de papel. Eso sí, si lo llegara a encontrar, haría la mejor compra de su vida.



Paul Núñez

SMS

Francisco Duarte Cué

“Ando bien mal, traite algo pronto”, decía el mensaje corto que recibí en mi teléfono y conociendo a su remitente, supuse que estaría pagando la dura condena de un exceso etílico reciente: tremenda cruda. Desvié un poco mi camino para pasar a la vinatería por una botella y luego llevarla a su consumidor final; anexé hielos y refrescos al pedido.

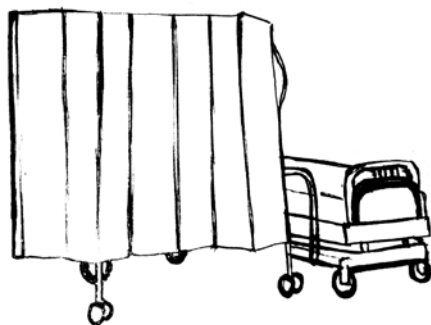
Me estacioné unos metros antes de la entrada de su condominio y caminé hasta la puerta; había una ambulancia estacionada justo enfrente del tablero del *interphone*. Salió de pronto una camilla que le llevaba encima, conectado a una bolsa de suero y dos camilleros algo preocupados; su tez de un color amarillo verdoso y de una palidez poco envidiable. Arrancaron hacia el hospital cercano y yo con ellos, a una distancia vial prudente.

Cuando llegué, minutos después, al servicio de urgencias ya le atendían varios médicos, se encontraba entre biombos de tela y tres o cuatro pantallas que desplegaban números y gráficas con pitidos intermitentes; seguía con la bolsa de suero y ahora temblaba a intervalos cortos. Se me acercó un empleado del hospital y me preguntó por algunos datos del paciente, cosa que respondí hasta donde dio la memoria, acto seguido, me dijo que habría que procurarle descanso en lo que se infiltraba el medicamento recetado.

Salí a la zona de fumar en el estacionamiento y regresé como a los 15 minutos, con uno de los refrescos en la mano.

Volví a cooperar con algunos trámites y di aviso en su casa para que difundieran la noticia entre quienes se pudieran interesar, recuerdo que dormité un poco en un sillón de la pequeña sala de espera y, al despertar, pedí permiso para pasar a su cubículo. Al entrar noté que los biombos de tela que cercaban su cama no permitían verle y se notaba movimiento interno; los pitidos de alguna de las máquinas eran constantes.

Finalmente movieron, desde adentro, uno de los biombos que pretenden dar intimidad , ya no pude ver los monitores encendidos ni al paciente que estaba acompañando: estaba envuelto en una bolsa de plástico negra.



Paul Niñez

La pena máxima

María Inés Rendón

El aliento lo sentía amargo y el sudor que entraba por mi boca era salado, como una bocanada de ola acapulqueña en vacaciones de Semana Santa. Mis manos estaban frías y húmedas, intentaba mantenerlas ocupadas tocándome el cabello, subiendo mis calcetas o acomodándome las espinilleras, donde fuera las ponía para que no se me vieran temblorosas.

Cada paso que daba acercándome al círculo blanco, que en mi juventud solía ser de cal y ahora es de pintura, me ponía los sentidos alerta. La mirada concentrada en aquellos cuadrados irregulares blancos y grises a once metros de mí, aunque de vez en cuando repasaba con la mirada el arco, que siempre me pareció divertido, me colgaba de él y mi abuelo decía que eran las puertas al cielo o al infierno, pero en este momento me resultan imponentes e inmensas, ¿será que llegué al infierno?

La mandamás puso la esférica en mis manos, de haber estado más desgastada como con las que jugábamos en las retas de cantera, seguramente se me hubiera caído por lo lisa y deshilachada. Me pidió colocarla en el suelo y fue ahí donde volteé a ver a mi rival, una morena alta, de chongo relamido y orejas despegadas, sin aretes, pero con rastro de que existieron hace poco.

Intenté sostenerle la mirada, pero aquella cancerbera era una profesional, su cara larga, ojos negros que combinaban con su mirada penetrante y labios resecos por el cansancio y la deshidratación, me parecieron la representación del mismo demonio en aquel rectángulo verde.

La silbante me pidió poner a mi amiga quiebra ventanas en el manchón penal, para comenzar con el rito futbolístico más odiado. La coloqué y me di cuenta del pasto tan brillante y lleno de vida que tenía en casa la arquera, ¿será una señal de mala suerte?

Comenzó el momento de la intimidación, mi rival con sus enormes guantes Voit blancos con destellos rosas y sus iniciales grabadas, escupió sobre ellos y empezó a gritarme:

—¡A la derecha! ¡Tírala pa' la derecha!, -dijo con un tono de voz que penetraba en mi pecho como las notas blancas más bajas de un teclado.

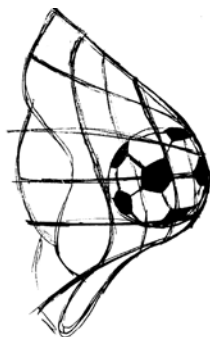
Yo me reía, queriendo mostrar mi seguridad, como si me hiciera gracia lo que gritaba, pero por dentro mi short y top me decían lo contrario, estaban fríos del sudor que mi cuerpo emanaba, sudor de ese que te da cuando sabes que algo malo va a pasar, como cuando caminas sola por una calle a oscuras o cuando está a punto de darte fiebre y tus defensas ya no pueden más.

El silbato sonó y todo comenzó a flotar en mi cabeza, sentía el reflector y las cámaras sobre mi nuca

carcomida por el sol de los entrenamientos, retrocedí tres pasos y tiré a matar. La pelota se despegó del pasto con un movimiento violento que dejaba rastros de tierra, sudor y nervio a su paso. No alcancé a ver la cara de la portera, yo sólo rezaba por que la pelota alcanzara la altura suficiente para clavarse en la esquina superior derecha y terminar este sufrimiento.

Mi boca tenía medio gol gritado, cuando el dedo índice de la portera, en un acto casi de honor, alcanzó a rozar mi tiro. Yo ya no sentía la sal en mi boca, ahora estaba seca, fría. Me imaginaba los diarios al día siguiente “las mujeres no saben jugar futbol, ni un penal pueden tirar bien” o “con razón nadie ve su liga”, ignorando por completo la hazaña que mi rival estaba a punto de lograr o el tiro quirúrgico que salió de mi botín izquierdo.

Si su dedo hubiera medido dos milímetros más o sus pantorrillas la hicieran volar otro centímetro, mis presagios se habrían cumplido, pero en aquel momento, la red temblando y el cuerpo valiente de la guardameta cayendo, sólo podían indicar una cosa: 1-0.



Paul Núñez

El diccionario

Mariana Torres Lomelí

El Diccionario de Manuel Calzada Pérez, bajo la dirección de Enrique Singer, es una obra de la Compañía Nacional de Teatro que nos habla sobre la entrañable lucha de una mujer por olvidar el pasado que la atormenta y por recordar su pasión al escribir un diccionario, a pesar de tener una clara pérdida paulatina de memoria.

La genialidad y perseverancia de María Moliner, personaje interpretado por la actriz de la CNT Luisa Huertas, quien es reconocida como Patrimonio Cultural Vivo de la Ciudad de México, nos permite ver a una mujer perseverante, inteligente y capaz de sobrellevar sus días a costa de coyunturas e ideologías de una época en que ser una mujer letrada no era frecuente.

En esta puesta en escena también participan Roberto Soto, Óscar Narváez y Antonio Rojas, miembros del elenco estable de la CNT quienes al igual que Huertas, hacen una labor impecable y digna de admiración. El escenario destaca por estar repleto de fichas bibliográficas que cubren piso y paredes, representando a la perfección la herramienta de trabajo de Moliner. Además en este ambiente los personajes cambian de escena gracias a un juego de luces y oscuros.

Es importante mencionar que María Moliner es

un legado para todas las mujeres, pues fue visionaria y soñadora hasta el final. En pleno franquismo y con las condiciones de vida que eso representaba, escribió El Diccionario del Uso del Español (DUE) de casi 3,000 páginas, mientras al mismo tiempo criaba a sus cuatro hijos.

La admirable dirección de Enrique Singer hace posible que el espectador vea claramente el sacrificio y auto exigencia de una mujer fuera de los cánones de su época, con un evidente compromiso personal con las palabras. Ejemplo para muchas personas que hoy en día luchamos por sacar adelante nuestros proyectos.



Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje

María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Andrea Fischer

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Andrea Fischer

Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Fotografía de portada

José María Lupercio, *Sin título*

Radio

Conducción: Cecilia Durán Mena,
Juan Carlos Padilla Monroy y Raúl Sanz Suárez

Producción del Programa de Radio:

María Inés Rendón, Productora.
Eloisa Valeria Martínez Carrillo

Cuarto de Guerra

Juan Carlos Padilla, Inés Rendón, Raúl Sáenz,
con agradecimientos especiales a todos los becarios
de las universidades participantes

Digital

www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número treinta y dos. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Junio-Julio de 2021.**



También estamos en:



porescritomx



@PorEscrito_



revistaporescrito



PorEscrito



Por Escrito



Revista Por Escrito

Radio Anáhuac 16.70 AM
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

*“Yo no puedo tenerte ni dejarte,
ni sé por qué, al dejarte o al tenerte,
se encuentra un no sé qué para quererte
y muchos sí sé qué para olvidarte”.*

Yo no puedo tenerte ni dejarte, (Fragmento)
Sor Juana Inés de la Cruz



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para **NUNCA** dejarlos ir